

Crímenes anarquistas de 1920

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2016
Todos los derechos reservados

Índice

Félix Graupera	5
El año de 1919	11
El Lock out	17
La gravedad del problema	25
Hacia la negociación	29
La ciudad agitada	37
La Comisión mixta	41
La solución	49
La ruptura	53
La situación en Barcelona	59
Nuevo Gobierno	63
Los malos pastores	69
Graupera sobrevive	75
Dimisión de Miláns del Bosch	83
Sublevación en Zaragoza	95
La refriega	101
Juicio sumarísimo	107
Albañiles en huelga	117
Arquitecto en apuros	125
Conspiración de albañiles	129
Muerte de Teodoro Jenny	135
El final del conde de Salvatierra ...	143
Muerte y comentarios	149
Impunidad	155

Layret debe morir	161
Disparos contra Layret	167
Un funeral accidentado	173
Dorado y Layret	179

Félix Graupera

El día 5 de enero de 1920 fue un día ocupado para el presidente de la patronal catalana. Como tal, ostentaba una importancia considerable entre los patronos españoles.

Se cumplían dos meses desde el tímido comienzo del “Lock out”, el cierre de las empresas en Barcelona por parte de sus dueños que, a esas alturas y extendido a Madrid, era uno de los problemas más graves a los que se enfrentaba el gobierno y la sociedad catalana. La situación resultaba explosiva, con miles y miles de obreros que no recibían salarios desde hacía seis semanas.

Aquella misma mañana se habían reunido en una sala de Fomento del Trabajo los presidentes de varias entidades económicas de Barcelona, encabezados por el de la Cámara de Industria. Se seguía con gran inquietud el tremendo pulso de fuerza entablado entre el Sindicato único adscrito a la CNT (Confederación Nacional del Trabajo, de naturaleza anarquista) y la Federación Patronal creada el año anterior, a raíz de la huelga de la Canadiense, el origen de todo el conflicto irresuelto hasta entonces.

Los presidentes valoraron la situación, se informó que el día anterior se había comunicado al presidente de la patronal, Sr. Graupera, su intención de ponerse en contacto con los parlamentarios catalanes en el Congreso español para que sacaran a relucir el conflicto que se vivía en las calles y empresas barcelonesas desde hacía tanto tiempo. Graupera les manifestó que no dificultaría ninguna gestión, desde

luego, incluso si acudían al rey con sus reivindicaciones. Siempre que se mantuviera la independencia de la patronal respecto a este tipo de iniciativas, ellos nunca serían obstáculo para que llegaran al Parlamento o a cualquier autoridad del país.

A la salida de la reunión, un reportero se acercó a uno de los participantes en la misma, preguntándole qué salida veía ante el conflicto:

“La única salida para nosotros tiene que venir por una acción de gobierno, que ya que no provoque o aproveche el momento para una represión, de la que no somos partidarios, haga sentir la existencia de la autoridad. En eso está el secreto pues se resolverá primero el problema de la disciplina y estaremos más cerca de resolver los otros satisfactoriamente” (ABC, 6.1.1920, p. 11).

Probablemente, en los mismos términos debió expresarse Graupera cuando aquella tarde visitó al gobernador civil Sr. Maestre Laborde. Atrás quedaba el controvertido gobierno de Sánchez de Toca en Madrid con el gobernador Sr. Amado en Barcelona. Un mes antes se habían visto obligados a dimitir de sus cargos ante el rey a causa del desafío del empresariado catalán y la decidida oposición militar, particularmente del que seguía siendo capitán general de Cataluña, Miláns del Bosch. El gobierno que le había sucedido, a cuyo frente estaría hasta el mes de mayo el conocido y veterano político Manuel Allendesalazar, había

enviado como gobernador a Francisco Maestre, bien recibido por la patronal catalana tras su enérgico mandato en el mismo puesto en Sevilla y Cádiz reprimiendo con mano dura el creciente anarquismo andaluz.

Graupera era un empresario igualmente enérgico y con las ideas claras de dónde estaba su interés y el de la patronal catalana a la que representaba. Entre él y el gobernador había buena sintonía, comunes intereses y una forma similar de ver los problemas existentes. No era como el melifluido Sr. Amado, que mostraba su energía, al decir de los empresarios, sólo cuando trataba con ellos.

Poniéndose al día de la situación comentarían el último atentado habido aquella misma tarde, sobre las 4. En la calle Pedro IV esquina Dos de Mayo Juan Serra, de 21 años, hijo del fabricante de blanqueo y aprestos del mismo nombre, ayudante de su padre en la empresa familiar, había sido objeto de un atentado. Se intercambiaron noticias. El muchacho se encontraba esperando en aquella esquina el tranvía con dirección a Badalona cuando dos desconocidos le dispararon por la espalda.

Con el ruido acudió el somatén Pedro Font, que salía en ese momento de un estanco cercano. Persiguió a los autores de los disparos pero, con el arma encasquillada, solo pudo protegerse de algunos tiros con los que aquellos hombres trataban de intimidarlo. No obstante, continuó la persecución a la que se unieron inmediatamente guardias civiles a caballo. Uno de los perseguidos, Vicente Molina, ayudante de forjador, resultó herido en la mano y se entregó.

El otro se refugió en una casa de la calle Dos de Mayo que fue cercada por los guardias hasta hacerse con él.

Molina aducía que él no tenía nada que ver con el tiroteo, que pasaba casualmente por allí y salió corriendo al oír los tiros. Ernesto Herrero, en cambio, del sindicato de Cilindrades, era un hombre duro y decidido. Admitió de entrada su autoría. Dijo haber sido amigo del presidente del sindicato de Tintoreros, Sr. Sabater, recientemente tiroteado y muerto por miembros del llamado “Sindicato Libre”. Estaba convencido que el fabricante Serra había tenido que ver en aquella muerte, por eso había actuado, por venganza.

Para la prensa de derechas, omnipresente en el mundo editorial nacional (la revista “Sindicato obrero” era poco menos que clandestina), resultaba ser el atentado número 199 debido al sindicalismo catalán. Se incluía en ese número tanto a los del sindicato “rojo” como “blanco”, como si unos y otros pertenecieran a las mismas fuerzas obreras, sólo que divididas en facciones. No era exactamente así. Para entonces, el Sindicato Libre, de origen carlista, actuaba con la mera intención de vengar los atentados de la otra parte eliminando a los dirigentes sindicales, ante el silencio cómplice de las autoridades.

Hablando de estos temas el presidente de la patronal mencionaría al gobernador los distintos anónimos amenazantes que él mismo recibía, al igual que muchos otros empresarios. El día anterior, sin ir más lejos, habían encontrado uno en su buzón donde se anunciaba su próxima muerte y la de su hija María si no mandaba cesar el lock out impuesto por los empresarios.

Maestre Laborde se interesó por el tema. Le preguntó si le ponía mayor protección, teniendo en cuenta que era constantemente acompañado por dos guardias y que tenía una escolta similar en la puerta de su casa. Graupera no dio importancia a los anónimos. Le dijo que, además de la escolta, los miembros de la patronal habían decidido ir en grupos de dos o tres a fin de defenderse mejor. Yendo además en coche era difícil imaginar que unos individuos apenas organizados, fácilmente detectables por ir deambulando por las calles sin destino fijo y en grupo, se atrevieran a hacer algo más que asustarle.

Luego se despidieron y el presidente de la patronal marchó hacia la sede de su organización. Allí pasó el resto de la tarde, departiendo con unos y otros, e informándose de la reunión de presidentes de entidades económicas habida poco antes. A las 9.35 de la noche decidió marchar a su domicilio.

Varios compañeros se ofrecieron a acompañarlo. Prefirió hacerlo con su estimado amigo Juan Batlle acomodándose en la parte de atrás junto al guardia Ricardo San Germán. Delante, acompañando al chófer Juan Noya, se sentó el agente de vigilancia José Salgado. Como siempre, los guardias llevaban su revólver preparado en el bolsillo del gabán, como sucedía con el propio Batlle, no así en el caso de Graupera.

Charlando animadamente tomaron la calle Reforma porque desembocaba en la calle San Pedro, donde tenía su domicilio el presidente. Mientras tanto, cerca de la esquina de ambas calles y envueltos en las sombras, tres grupos se habían apostado esperando el paso del coche. Uno estaba

junto a la tapia de un solar, los otros dos en sendas esquinas. Apenas hablaban entre sí salvo por breves avisos. Estaban nerviosos pero decididos, las manos en los revólveres que también llevaban en el bolsillo. Aquella era la noche elegida para dar un golpe sonado a la patronal. El atentado número 200 estaba a punto de llevarse a cabo.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

